

Descolonizar el feminismo es volver a mirar al patriarcado en su complejidad. Para el feminismo comunitario el patriarcado es el sistema de todas las opresiones, no es un sistema más, es el sistema que oprime a la humanidad (mujeres, hombres y personas intersexuales) y a la naturaleza, construido históricamente y todos los días sobre el cuerpo de las mujeres”.

Adriana Guzmán

Escuela Política Travesía por la paz y la equidad de género

Desde la Escuela política y su pedagogía otra, articulamos reflexiones sobre la equidad entre hombres, mujeres e identidades diversas, trabajamos por los derechos de las mujeres y las niñas y le apostamos al reconocimiento y la redistribución de la riqueza y las oportunidades.

Por tanto nuestra propuesta se recrea y construye a partir de la Interseccionalidad: raza, género y clase para entender las relaciones entre el racismo, el imperialismo, el patriarcado y por supuesto, el capitalismo.

Hemos nacido del movimiento de mujeres, haciendo política basadas, fundamentalmente en el acompañamiento y en la pedagogía, contribuyendo a pensar las opresiones no desde la victimización, sino buscando el poder y la energía para enfrentarlas.

Somo conscientes que el patriarcado siembra prejuicios por tanto, le apostamos al derrumbe de mitos superpuestos, como que el feminismo es una política de odio a los hombres o que las feministas somos todas lesbianas, como si serlo fuera algo dañino, o que el feminismo divide a las familias y a las organizaciones. También andamos derribando el prejuicio que en nombre de la ortodoxia marxista considera el feminismo como una “desviación pequeñoburguesa” de la centralidad de la lucha de clases. La pedagogía que proponemos intenta una epistemología del diálogo de saberes, del pensar nuestras prácticas, del caminar la palabra, de los cuerpos puestos en el juego de la acción emancipatoria.

Hay que decir que hoy esta posición nos permite rechazar las conceptualizaciones universales o verdades únicas. De ahí que cuestionemos el sustrato de la filosofía liberal y su individualismo epistemológico como proyecto civilizatorio, como ethos universal -parcialización e individualización y fragmentación de las luchas.

Proponemos entonces, trascender el individualismo occidental, de la concepción homogeneizadora de la igualdad de género, pues para nosotras es fundamental articular la equidad de género a la concepción de vida digna, que por ejemplo, va más allá del derecho a la propiedad.

Ahora bien, también nos desligamos de la idea del colonialismo discursivo, donde nosotras las feministas del tercer mundo somos vistas como “no civilizadas”, como víctimas de nuestro “natural atraso social”

Desde este sur consecuente decimos, las mujeres de nuestros territorios también somos sujetos de acción política, no solo víctimas pues luchamos contra una variedad de estructuras de dominación: racismo, género y pobreza.

“Para nosotras desde esta latinoamérica el territorio es nuestro cuerpo, es nuestro espíritu, porque cuando defendemos nuestros territorios, nuestros cuerpos y nuestros espíritus, también estamos defendiendo la vida de los demás pueblos que habitan este planeta. Así entonces entendemos la vida comunal como una vida que se puede sostener, como una vida digna”

Por consiguiente, hoy es fundamental integrar en las luchas las agendas de las mujeres, con espacios propios, pero así mismo, como reivindicaciones universales, la lucha contra el patriarcado es una lucha de la humanidad en su conjunto. Los derechos de las mujeres no pueden desligarse de los reclamos de autodeterminación de los pueblos.

La “gran economía” y la política ya no pueden ser dominios exclusivos del *Hombre*. Dicho dominio hegemónico condiciona cualquier tipo de reivindicación, por básica que parezca a la solución del conflicto entre clases antagónicas que reconoce el marxismo, y en ese sentido la ideología en lugar de transformar reproduce un orden hegemónico del discurso que responde a las relaciones de poder entre hombres y mujeres a partir de las condiciones de género.

Por tanto, pensarse en la transformación del poder desde lo más íntimo supone una transformación radical del mismo. Si existe subordinación de lo privado en función de lo público, las estructuras y formas del poder se siguen reproduciendo generando asimetrías e inequidades, aun cuando el sistema económico sea transformado.

Si tenemos claro que la discriminación es un factor esencial que estructura el poder, desde siempre, incluso antes del capitalismo. La marginación de las mujeres se ha conjugado con la discriminación del resto de grupos sociales considerados como débiles, esta debilidad supone de por sí, la discriminación en el acceso al poder y en este caso específico a las “altas esferas del dominio de la política”. A partir de la ideología hegemónica de clases antagónicas y el determinismo económico de las luchas políticas, se desconocen los medios y formas diferentes que existen en la circulación del poder. Se desconoce como tal, la sagacidad con que el poder se alberga en el escenario de la vida cotidiana, reproduciendo jerarquías de todo orden, formas de amar y de vivir en pareja, sustentadas precisamente, por una sociedad de clases y asimetrías y además profundamente misóginas.

Para la ideología hegemónica estas formas de desigualdad sólo puede llegar a su fin bajo el mismo orden jerárquico de una clase sobre otra, en últimas, la liberación femenina, la transformación de roles, pasa a ser una consecuencia inevitable de esa lucha, pues es el capitalismo, el que permite dichas desigualdades, desconociendo con ello el contenido histórico y cultural de la sociedad en distintos sistemas sociales, económico y políticos.

En este sentido, género y clase son categorías complementarias y no excluyentes que definen las formas y los modos de desarrollo del poder y su genealogía, de ahí que sea necesario analizar las relaciones de género, evidenciando a su vez el carácter de explotación e inequidad económica que suponen la división social por clases sociales. Al tener en cuenta la categoría género se evidencia que el mundo de lo privado es necesariamente parte de lo político, y por consiguiente la lucha contra esta discriminación no es específica de las mujeres sino que compromete al género humano. Esto por supuesto implica pensar y concebir a la mujer como sujeto histórico con conciencia de sus intereses y necesidades, no solamente como *aliada* “estratégica” en momentos claves, o en momentos de movilización. Y, mucho menos, como

la mujer que solo está para servir los tintos en las reuniones de los colectivos o como la madre-esposa, que se queda en casa y tiene la comida lista para cuando llegue su compañero, “el revolucionario”.

Lejos de socavar la lucha por el poder, el enfoque de género enriquece su concepción y contribuye, en la teoría y en la práctica, a su transformación radical, en tanto ésta es sólo posible y real si es desde abajo, desde las raíces, desde lo cotidiano y en ámbitos simultáneos, en un proceso complejo y multifacético, continuo y discontinuo de deconstrucción-construcción-transformación... .

La transformación, si es radical, supone no sólo la autotransformación de cada uno de los actores y las actoras intervinientes, sino también la de las relaciones hombre-mujer, mujer-mujer y hombre-hombre desde el entorno inmediato. Porque reconocer la existencia de relaciones discriminantes asimétricas entre hombres y mujeres y transformarlas, aunque sea desde una posición individual, supone una modificación en los roles domésticos y sociales de quien se transforma, y cómo esta modificación es de relación, implica la modificación del rol o roles masculinos y femeninos que conviven con quien se transforma.

El principio básico subyacente en estas consideraciones tiene implicaciones políticas porque la fuerza de las mujeres, su resistencia, conocimientos, experiencia y capacidad de lucha, fortalecen los procesos populares. Pero, sobre todo, tiene implicaciones antropológicas de fondo porque reclama y propone una nueva manera de pensar y concebir a las mujeres, no ya como la fuerza estratégica en los procesos de cambio social, sino como sujeto histórico, es decir, como persona con conciencia propia de sus intereses, sus luchas y su devenir en la historia

El aplazar y llevar las transformaciones de lo privado a un segundo plano, corresponde a la misma subordinación que supedita las mujeres a los hombres. En esta lectura de la realidad social, las mujeres siguen estando aisladas del mundo de la gran política lo que no permite construir identidad colectiva, pues nunca será el tiempo de un “*nosotras*”. Tenemos, por último, que negar el aislamiento y la atomización y este sentido de que los problemas de las mujeres son individuales. Son de cada una. Nos urge entonces, poder construir un *nosotras*; una identidad social.

Pero entonces, no se trata de un problema solo de las mujeres. Atañe a una nueva concepción de organización de la sociedad, de las relaciones entre las clases y los sectores sociales, atravesándolas, atañe a la transformación -desde abajo, también y en gran medida desde la vida familiar- de las relaciones entre hombres y mujeres.

Lo importante entonces es deconstruir, crear, construir, intercambiar, experimentar, volver a intercambiar y a polemizar y así ir construyendo, entre todas y todos, un futuro que esperamos y queremos que sea —amigable para el conjunto de los seres humanos, hombres y mujeres e identidades otras, abriendo las puertas a la solidaridad y la equidad como base para una nueva civilización humana.

Desde la concepción de nosotras las mujeres, tener poder, entonces significa, en primer término, poder hacer, y como es un "hacer" para modificar, el poder de las mujeres se traduce en acción transformadora, de su medio, de las relaciones con los hombres y de su propio ser mujer.

Así entonces, desde esta idea del feminismo popular o comunitario asumimos que en el sistema capitalista patriarcal y colonial, las distintas formas de dominación y disciplinamiento de los cuerpos, los territorios, las comunidades y la naturaleza de la que somos parte se refuerzan mutuamente, de modo que cada logro en una perspectiva emancipatoria erosiona los pilares del sistema, en la medida en que contribuye a la creación de subjetividades – individuales y sociales– autodeterminadas, capaces de imaginar un mundo diferente, y de crearlo.

quienes están o estuvieron con su lucha en este camino de construcción, las feministas indígenas de los pueblos del Aby Yala, Ambientalistas como Berta Cáceres del Consejo Cívico de Organizaciones Populares e Indígenas de Honduras (copinh) las feministas comunitarias de Guatemala y Bolivia y las feministas campesinas aportan lecciones de radicalidad teórica y práctica, con un feminismo de enfrentamiento directo a las transnacionales, a las políticas extractivistas y a la violencia de los estados fascistas, hoy las mujeres indígenas de Brasil, plantean una lucha frontal contra bolsonaro.

VIDEO MUJERES INDÍGENAS VS BOLSONARO

Miriam Miranda de la Organización Fraternal Negra de Honduras (ofraneh), Blanca Chancosa, de la Confederación de Nacionalidades Indígenas del Ecuador (conaie), Bety Cariño del Centro de Apoyo Comunitario Trabajando Unidos (cactus) de Oaxaca, México, las mujeres zapatistas en Chiapas, entre otras experiencias significativas, que nos han enseñado a las feministas que no se trata solo de “despatriarcalizar” en el marco de las luchas anticapitalistas, sino también de descolonizar nuestras vidas” “. Y dicha descolonización pasa por revisar nuestros noviazgos, nuestros hogares, nuestros cuerpos, nuestras camas, nuestros procesos organizativos, entre muchos otros.

Reza una consigna tras el golpe de Estado de Honduras en junio de 2009, de las Feministas en Resistencia de ese país, que crearon la incisiva consigna y síntesis de su lucha: «Ni golpes de Estado ni golpes a las mujeres».

Así mismo, como no mencionar a las mujeres de la Coordinadora Latinoamericana de Organizaciones del Campo (cloc) y de La Vía Campesina Internacional con su feminismo, que tiene entre los ejes centrales el cuidado de las semillas nativas, la lucha por la soberanía alimentaria y por la reforma agraria integral y contra la violencia patriarcal. Este hecho supera la distancia existente unas décadas atrás entre las organizaciones campesinas y el feminismo, hoy las mujeres de La Vía Campesina dicen que sin feminismo no hay socialismo.

Por su parte, las feministas negras siguen interpelandonos constantemente, haciendo llamados certeros y elocuentes sobre el problema de la colonización y el blanqueamiento del pensamiento, que nos atraviesa independientemente el color de nuestra piel. ***“Nosotras luchamos por nuestra autonomía, por las violencias que sufrimos en nuestro ciclo vital y***

curso de vida, contra la discriminación racial y el racismo, violencia que experimentamos de manera cotidiana desde lo simbólico y material, en la ciudad y en lo rural, la única violencia que nos conecta más allá de nuestra condición de clase o cualquier otra que se considere privilegio en nuestro contexto”

Desde este conjunto de feministas comunitarias, entonces se conceptualiza las dimensiones del territorio cuerpo y el territorio tierra. En nuestros feminismos populares, colectivos y comunitarios hay poca distancia entonces, entre las palabras y los actos, y por lo general las prácticas van caminando más rápido que las teorías.

Y nos cuenta y enamora del relato con- sentido Claudia Korol: “Así entonces, Los feminismos populares, desde abajo van amasándose a fuego lento, por manos de mujeres trabajadoras. Manos que hacen cunas y acunan, siembran, cocinan, martillan, cultivan, escriben, acarician, pintan, bordan, limpian, curan, sostienen, empujan, juegan. Nuestros pies pisan sobre las huellas dibujadas en la tierra por nuestras ancestras, y otras veces inventan atajos. Por momentos nuestros pies no caminan... bailan las muchas revoluciones imaginadas que se recrean desde el deseo, el placer, la alegría de la lucha codo a codo con otras, otras, otros. Revoluciones que en sus rotaciones descolonizar, despatriarcalizan, desmercantilizan nuestras danzas y andanzas. Mientras nuestros pies corren, nuestros cuerpos socorren. Ahí estamos, al lado de la chica que sufre la violencia en el noviazgo, de la muchacha que necesita interrumpir su embarazo, de la mujer que sufre la violencia de su pareja, o de sus hijos que son atrapados por las redes del narcotráfico”.

En este camino de entender el feminismo fuimos descubriendo cuánto de viejos tienen los hombres nuevos, cuánto de patriarcales tienen nuestros feminismos, cuánta reproducción de opresiones hay en nuestras organizaciones revolucionarias. desenmascarar el machismo en nuestras casas, en nuestros movimientos, ha llevado a que nuestros compañeros se cuestionen sus privilegios.

Queremos ser parte, de un proyecto político rebelde, irreverente, revolucionario, de los y las de abajo, ubicando la vida cotidiana como un territorio en el que se despliegue esa estrategia revolucionaria, que busca, precisamente, cambiar la vida cotidiana.

“Lo personal es político”, nuestra consigna apela a las dimensiones pedagógicas y culturales que construimos en cada una de las sesiones de nuestra escuela transformando los vínculos, saliendo del yo “ordeno, y/ó mando y/o obedezco” para llegar al “decidimos juntas y juntas hacemos”, creemos en el liderazgo nómada, porque a veces queremos estar en frente y a veces también queremos empujar desde atrás.

Queremos superar la dicotomía entre la producción de mercancías y la reproducción de la vida, valorando la importancia del aporte de las mujeres en las tareas de cuidado y también distribuyendo de modo equitativo esas tareas. El trabajo no remunerado de las mujeres en la crianza y el cuidado de niños y niñas, jóvenes, adultos y adultas mayores es constitutivo del modelo de familia patriarcal, que además de no valorizarlo y naturalizarlo, subestima el aporte de las mujeres en la vida social.

Esto se repite a la hora del reparto de roles en las organizaciones. Las mujeres están encargadas de la cocina, las actas, el comedor comunitario o la huerta, los círculos de cuidado

de niños y niñas, las tareas educativas. Por eso, la pedagogía feminista asume la dimensión grupal como una necesidad básica, para que los dolores que produce el desaprendizaje de las opresiones puedan ser compartidos y sostenidos en los colectivos.

Nuestra pedagogía recupera de la educación popular datos centrales como el lugar del cuerpo en el proceso educativo, la dimensión lúdica, y recurre a los aportes de la educación por el arte, el psicodrama, el teatro de los oprimidos y las oprimidas, la danza, el canto, la narrativa, nutriendo el activismo de herramientas creadoras haciendo artivismo. Herramienta para reivindicar la afectividad, los sentimientos, las intuiciones, los sentidos.

En conclusión, la propuesta no es - no puede serlo-, lucha de clases o de género; enfoque de clase o de género La propuesta es la La articulación y superación de las antinomias producidas por occidente.

“El feminismo comunitario no es una teoría, es una acción política que se nombra, pero por supuesto hemos aprendido que además de luchar por el territorio, además de luchar en las calles, hay que luchar en el territorio de las palabras, de las acciones concretas y cotidianas hay que disputar la hegemonía de los sentidos y significados del pensamiento eurocéntrico” -

Adriana Guzmán